

# EL RADICAL

## SEMANARIO POPULAR

TORTOSA

Sábado 26 de Abril de 1913

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza O'Callaghan, núm. 5

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre. 0'75 pesetas  
Pago anticipado

### Sobre una conferencia

«Lo «sabi» D. Marcell, ja que no s' determina a arretirar-se de la escena oratoria, aont hi fa tan trist paper, hauria de tindre la prudencia o gramática parda (ja que no n te de castellana) de no publicar los «discursos». Les paraules se les emporta l vent, i dels que solen anar a sentir-lo, qui més qui menos tenen ja rovellat lo poc castella que va embutir-los lo mestre a força bruta, i s'en surten del sermó tan dijuns com quan hi entren; pero lo periódic ja es un' atra cosa: devegades lo lligen persones ilustrades i... franca-ment, fa ben poca gracia i poquis- sim favor al magisteri saber que «alló» va dirho tot un senyor mes- tre, encara que sigue dels que no s' atrevixen a fer oposicions.

Un més ha passat des de que l «sabi» va despotricar escandalosa- ment contra l partit jaumiste, i ningú s' en havia enterat: los co- mentaris no havien surtit del circul d' analfabets que van tindre la pa- ciencia heroica d' aguantar aquelles insultes desocoides; pero ara «alló» ho publica «El Pueblo» i per medi de «El Pueblo» s' en han enterat alguns que no formen part de l'habi- tual auditori marcelinesc i... Jo sem- pre ho hai dit que davant de les per- sones només de mijana instrucció ha fet molt més mal a D. Pedanci «El Pueblo» que l mateix RADICAL.

D. Marcell, en los seus discursos i conferencies, aixis com en cada un dels seus articles, sol compendiar, sol reduir tota la força argumen- tiva deliciosament escampada per les quartilles, en un parrafet que impresione fortament per a que la impresió dure, en una asseveració seca, rotunda, sentenciosa i atrevi- da que pasme i penetre com una es- pasa de dos talls: devegades es la afirmació maravillosa de que ls Es- tats Units formen part de la Améri- ca del Nort; devegades lo descubri- ment inaudit de que a Alemania hi han moltissims més alemans que a Bèlgica; devegades, com avui, com ara en la conferencia anti-tradicio- nalista que dona peu an estos co- mentaris, es la acusació valenta, no- ble, leal, davant de l'honrat poble obrer que inicuaument volen enga- nyar los jaumistes, de que lo que es- tos busquen, lo que estos intenten,

segons consta per un manifest de Carlos VII, es una guerra civil con- tra Portugal i un'altra contra Ingle- terra i l Marróc al mateix temps.

«En el manifesto de Loredan, Carlos VII, el rey de los carlistas, trazó su programa: Dijo que queria incorporar a España Gibraltar y Portugal y también conquistar Mar- rucos. No es tan facil realizar esto como afirmarlo; ello supone una gue- rra civil con Portugal y otra con In- glaterra y Marrucos.»

Lo setmanari condenat que trans- criu esta sublimíssima marcelinada no diu si l'escullit auditori va rom- pre en aplaudiments, pero s'ha de suposar que sí perque la cosa se ho mereix quan los que componen l'au- ditori són qui són.

Jo, francament, m'estimaria més ser l'autor de l'anunci que publica lo mateix número del mateix perió- dic oferint una casa en tres pisos y sotea, antes existente Molino aceite- ro, que del parrafet copiat, lo qual no es, per cert, lo pitjor de la «con- ferencia». Lo propietari d'una casa en venda no té obligació, considerat com tal propietari, de coneixer la gramática castellana i molt menos si ell es catalá; pero un senyor mes- tre, encara que sigue dels que no's troben en forces pera fer oposicions, ve obligat a saber que la guerra ci- vil es intestina, entre gent de la ma- teixa nació, i per lo mateix que no hi pot haver guerra civil entre es-panyols i portugueses ni entre espa- nyols i inglesos, sinó tot lo més en- tre alguns republicans i ls marro- quis.

Ara pot explicar-se, si algú no s'ho havia explicat ans, que surti- guen tan sabis los riquets del «Co- legio Roquetense», que's cométiguen unes injusticies tan grosses a Tarra- gona quan se presenten los prepa- rats de D. Marcell, i que a Lleida passés lo que va passar quan los ger- mans Domingo van anar hi a repre- sentar la comedia de la que'n son argument, autors i protagonistes.

### Sistema de educación

A los padres de familia

Si yo tuviera un niño pequeñuelo y quisiera criarlo para el cielo, con la ayuda de Dios lo lograría, pero ¡cuánto desvelo y en qué su sana educación me costaría!

Mas si ese niño caudoroso y tierno

lo quisiera criar para el infierno, ¡qué poquito trabajo me costaba y qué poco desvelo consumar ese bárbaro delito de hundir en el infierno a un angelito nacido para el cielo!

Conozco yo un sistema de educación moral que nunca falla: él resuelve el problema de hacer de un inocente un gran canalla.

Lo primero que al niño prohibiría era hacerse cristiano ni judío. Cuando fuera hombre, él ya elegiría!

¿Para qué le dió Dios libre albedrío? (¿He dicho Dios? en fin, se me ha escapado, con el niño hablaría con cuidado).

Preparado con estos elementos, a una escuela sin Dios lo mandaría a echar de su carrera los cimientos, a ilustrarse, a adquirir conocimientos en las ciencias del día...

libre de religiosas aprensiones que achican y acobardan la conciencia y estorbo son de la moderna ciencia, que tiende a desterrar preocupaciones, y de un niño la tierna inteligencia, indiferente a místicas ficciones lograría llenar cumplidamente su evolutivo, racional proceso, sin beber en más fuente que en la fuente sublime del progreso. (!)

La segunda enseñanza acabaría de envenenarme el chico; allí se le diría que no era hijo de Dios, sino de un mico; pues no le faltaría uno de esos Maestros de alma impia, corruptores infames de menores, que abusan sin piedad de la inocencia y la infunden sacrílegos errores por ganar para el diablo una conciencia.

Una Universidad se encargaría de darle al escolar la última mano... y cuando pienso que de allí saldría llamándose tal vez salmeroniano... ¡Hijo del alma mía!

(¡Me espanto ya sin existir mi hijo!) Antes Dios te arrancara de mis brazos que dejarte enredar entre los lazos que algún... D. Nicolás te tendería.

Si con este programa tan sencillo no resulta el chiquillo de impiedad un modelo y un aburto capaz de dar lecciones al Odón más... Odón de los Odones, ¡las orejas me cortó!

La moraleja se deduce al vuelo, y ciego será aquél que no lo vea; si queréis criar hijos para el cielo, que os los eduque el que en el cielo crea. Mas si hay ¡qué ha de haber! algún mal pa- o alguna infame madre que los quiera crear para el infierno y recoger bien pronto la cosecha, que os los eduque el diablo... y cosa ha-

### El monstruoso mito

«Tres crisis políticas ha motiva- do el fantasma de Ferrer. Yo abrigo la certidumbre de que ocasionará la cuarta la crisis del régimen», —dijo Mella un día en el Parlamento, y la democracia se rió como se rien los réprobos cuando se les habla del Apocalipsis.

Pudo, sin embargo, el fantasma de Ferrer provocar el domingo, día 13, una crisis del régimen que dejase huella trágica en las páginas de la Historia de España. El mito que concibió el fanatismo rojo y que el partido liberal monárquico no tuvo empacho en modelar, ganoso de atender a los apremios del hombre y a las ambiciones de unos cuantos intrigantes, continúa en pie y en sus entrañas sigue ardiendo la fragua donde se forjan las almas de los gobernantes cobardes y el puñal de los magnicidas.

El nuevo criminal dijo que le impulsó al atentado el afán de ven- gar a Ferrer. En las escuelas laicas que por punible tolerancia del Go- bierno funcionan en Madrid, Valen- cia y Barcelona, se habla del famoso malhechor como de un mártir cuya ejecución fué una injusticia que la humanidad debe reparar. Hipócrita- mente, la prensa republicana cuida también de que se avive en la ima- ginación de la plebe la memoria del cómplice de Mateo Morral.

Se quiso a toda costa darle vida, y el mito vive, arrastrándose por los bajos fondos de la política española para sacar de vez en cuando por la boca de las alcantarillas la zarpa que chorrea sangre, mezclada con suciedad. Esta es la obra de la de- mocracia que proyectó sombras al rededor del proceso Ferrer; ésta es la obra de los que han sido ministros después de haber hablado en el Par- lamento de represiones crueles y de tenebrosidades jurídicas: la obra de Melquíades Alvarez, del propio Az- cárate, de cuantos, buscando el efec- to político del momento, sin reparar en el enorme daño que causaban a la patria, combatieron lo que se hizo en 1909 para defender la monarquía y el orden social.

El mito vive, el mito engendra odios canibalescos, el mito arma brazos asesinos: influye en los Minis- terios, inspiró alguna vez la Gaceta, deshace partidos, aleja del Poder a

José M.ª GABRIEL Y GALÁN.

sus enemigos y franquea las puertas de los alcázares a sus aliados.

Ello resulta más irracional y desesperante porque se consuma la ignominia en presencia de la misma generación que debió evitarla. Puede mentirse a través de las centurias, y no es nuevo que los extranjeros infamen la historia de nuestro país; pero que se desfiguren por completo hechos que todos hemos presenciado y que se deshonor a España en idioma español, es vergüenza sólo posible en tiempos degenerados y abyectos como estos que vivimos.

Los mismos anarquistas que trataron a Ferrer saben que era un desalmado, de quien no se fiaban los revolucionarios sinceros, que le consideraron siempre como un gran industrial del anarquismo. Cuantos han investigado en el proceso y en la vida privada de Ferrer, desde Salillas hasta los jueces que le condenaron, reconocen que se trataba de un malhechor de lo más abominable. Los mismos republicanos que han tomado su nombre como bandera política confiesan que no fué un pedagogo ni un reformista, y menos un hombre de ciencia.

De su complicidad en el atentado de la calle Mayor, que tantas vidas costó, no dudan ni los mismos ferreristas, y a pesar de la general convicción, que le considera culpable, se sigue hablando de su proceso como de una injusticia y de su sentencia como de un martirologio, y con mala fe notoria el mito se sigue propalando, sin perjuicio de que protesten todos cuando la horrible ficción engendra un nuevo criminal.

Esta es la obra que los liberales que hoy gobiernan pueden apuntarse en la hoja de sus servicios a la Monarquía. Por derribar al partido conservador no vacilaron en darle al mito aire y estado parlamentario. Aquellas palabras de Romanones que en el *Diario de Sesiones* constan, aquel discurso de Moret acerca de la representación de Barcelona, aquellos aplausos de los ministeriales a Melquiades Alvarez, están unidos con un vínculo delictivo al crimen reciente.

De donde resulte que un severo tribunal que juzgue de este frustrado crimen desenterrando los verdaderos gérmenes del proceso, acaso tuviera que condenar como cómplices del crimen de regicidio a muchos que estos días enronquecen a fuerza de gritar «¡Viva el Rey!»

CIRVENT.

### No pases por eso, lectora mía

—¡Por eso sí que no paso!

La mano delicada, blanca, pequeña, de la dama, se cerró y cayó energética sobre la mesa. Rozó un plato que se quejó con el que estaba debajo, saltó una cucharilla, fúndase de plata, que hizo dos ó tres contorsiones en el aire, y se ba-

lanceó, como un borracho, un vaso de agua.

El caballero, que iba a meterse un pedazo de carne en la boca, se quedó con ésta abierta y con el otro pinchado en el tenedor, a la vez que los ojos se le espantaban, no dando crédito a lo que veían.

¡Fero, mujer, tú...!

La verdad que aquéllo era rarísimo. En veinte años de matrimonio, nunca se había dejado arrebatarse su mujer hasta aquel extremo.

Las diferencias de pareceres que algunas veces, en todo aquel tiempo, se habían manifestado, siempre se resolvieron pacíficamente, venciendo ella la mayor parte de las veces, aunque él siempre se creyó vencedor; pero su mujer era inteligentísima y sabía ganar con arte.

El era un buen señor, muy de orden. Era católico, por supuesto... Católico de los que oyen misa todos los domingos, de los que confiesan una vez al año, de los que se casan canónicamente, de los que bautizan a sus hijos, y... nada más; es decir, que en doctrina cristiana no había profundizado gran cosa; en cambio, poseía una serie de *lugares comunes*, una colección de ideas hechas, que, sin duda, influían en su propio modo de ser y que aprendió de los periódicos, muy de orden también, que eran su cotidiana lectura.

Así, por ejemplo, decía que había que ser católico, *pero sin intangencias*; que *el error tenía el mismo derecho que la verdad*; que *los hechos consumados habían de respetarse*, y así otros muchos principios, reglas de conducta que, según la lógica, para él eran artículos de fe.

Su mujer era otra cosa; era una cristiana a macha martillo.

—La fanática de mi mujer...— decía él en tono de broma.

Tenía treinta y ocho años y aun era bella, a pesar de los muchos hijos que había tenido, y, más que bella, era inteligente, más que su marido... Es muy frecuente que la mujer sea más inteligente que el hombre.

Tenía más corazón que su esposo y siempre había hecho la felicidad de la familia.

Por eso se admiró nuestro héroe cuando su mujer dió con el puño sobre la mesa.

Y, después de todo, ¿por qué había sido todo aquéllo?... Sencillamente porque él formuló un juicio suyo de toda la vida, una de esas reglas establecidas por un doctrinarismo más egoísta que prudente, y que él tenía por verdades inconcusas.

La cosa fué porque el señor dijo:

—Me ha dicho Manuel que tú no quieres que se inscriba, como socio, en el casino de...

—Cierto. Mi hijo no puede ingresar en ese partido político.

—¡Vaya, mujer, no te creía tan avisada en cuestiones de esa índole!... A mí, después de todo, me da lo mismo; se trata de un partido serio...

—Sí, pero... la verdad... no me

parece que mi hijo ganaría nada en él.

—¡Oh, sí... perdona, pero ganaría seguramente. Sería apoyado por hombres de prestigio. Adelantaría en su carrera...

—Sí, en esta vida sólo se busca la ganancia material!... pero ¿y la otra?

—¿Cuál?

—La espiritual.

—¡Anda!, anda! ¡ya entramos en filosofías!... Mira, mujer, ¿por qué no te dejas de esas cosas?... Después de todo *las mujeres no debéis entender de política*.

Entonces fué cuando dió la dama con el puño sobre la mesa, y se tambaleó el vaso de agua y tinteneó el plato y voló la cucharilla.

—¡Por eso sí que no paso!

—¡Pero, mujer, tú...!

—Ella se puso encarnada. Hizo un esfuerzo sobre sí para dominar su turbación y exclamó:

—Perdona... á veces los nervios...

—Nunca te pusiste así...

—Es cierto; pero se trata de un hijo mío, ¿sabes?

—Bien, ¿y qué?

—No me puedes negar que tengo la obligación de estudiar cuanto pueda servirme para indicar á mis hijos la senda del deber. Debo ser muy entendida, muy ilustrada en la ciencia de guiar á mis hijos por el camino de la vida, y uno de los conocimientos fundamentales para ello es el de la moral.

—Conforme, pero la Política...

—¿No es la Política una rama de la moral?

El marido no supo qué contestar. Lo que decía su mujer era exacto. ¿Cómo no se le había ocurrido á él?

La dama, viendo que su marido no replicaba, continuó:

—Hoy, que tanto se ha progresado, se va cayendo en la cuenta de que la mujer es tan ciudadana como cualquier hombre.

Hasta ahora se han gobernado los países sin tener en cuenta la opinión de la mujer. Nosotros somos buenas para dirigir las casas de familia, para aumentar la población, dar pedazos de nuestras almas, que son nuestros hijos, á la Patria. Nosotras podemos pasar porque nuestra propia sangre se vierta en los campos de batalla y, en cambio, —¡mira qué sarcasmo y qué injusticia!— no podemos designar cuáles son los gobernantes que merecen nuestra confianza, aquellos que han de decidir del bienestar, con una buena administración, y de la vida, con una buena diplomacia, de nuestros hijos. Hemos de ser tan heroicas, que hemos de entregar pedazos de nuestras entrañas á gobernantes, con frecuencia ineptos; y tan estúpidas, que no podemos comprender qué es lo que conviene á nuestra Patria.

La dama se iba animando. Su rostro presentaba las rosas de la indignación y en su mirada centelleaba el rayo del entendimiento.

—Hasta ahora no se nos permiti-

tía opinar. Nuestros cerebros, hábiles para organizar una casa y para dirigir una familia, como vosotros los hombres no sois capaces de hacerlo; nuestros cerebros, atrofiados por el escaso estudio que se nos dá, sólo podían dedicarse á razonar sobre la forma y los colores de los vestidos, sobre los adornos de los sombreros, ó los condimentos de los guisados. Y vengan hijos, y vayan hijos á la guerra. ¿Cuándo? cuando se les antoja á unos señores que ordenan un Estado entero, cuando muchos de ellos, quizás, no han sabido poner orden en su familia. Afortunadamente, tal estado de cosas se va hundiendo.

—¿Dices que se hunde?

—En España, desgraciadamente, como nos hallamos en garras de hombres egoístas que sólo piensan en sí mismos y no en hacer la dicha de los ciudadanos; como nos vemos ahogados por un doctrinarismo fatal que no se destruye fácilmente, la intervención de la mujer en los asuntos políticos tardará; pero fuera de España la mujer va avanzando y no habrá otro remedio que concederle los derechos que le corresponden como ciudadana, como madre y como compañera del hombre.

—¡Diantre! ¡Una sufragista!

—No... Yo no quiero que el hombre pierda el lugar que le pertenece; yo no pretendo vestir el traje masculino, ni que la mujer abandone el hogar; pero sí que la mujer se baste á sí misma y, sobre todo, que puedan designar quiénes han de ser aquellos que han de gobernarnos...

—¿A tus hijos?

—Ciertamente. ¿Quién te ha dicho que la corrupción existiría, si nosotros eligiéramos á los que habrían de interpretar las leyes? Pues qué, en tésis general, ¿no somos nosotros inmensamente más morales que los hombres? Pues con las costumbres sanas, con la política sin errores, nuestros hijos no se verían tan expuestos á perderse, como están ahora. Piensa que, en la actualidad, la política no es sino la máscara con que se encubren los herejes para hacer daño á la Religión. Pocas cuestiones hay meramente políticas; al contrario, puede afirmarse que toda cuestión política contiene en el fondo una cuestión religiosa. Hoy los partidos que triunfan no son otra cosa que sectas fundadas en principios que anatematizan la Iglesia... ¿Y quieres tú que yo deje á un hijo mío que se inscriba en uno de esos partidos tildados de heréticos?... No, hijo mío: tengo el deber de velar por él para que no se exponga á perder su conciencia de ciudadano y su alma cristiana.

—Sin embargo, yo creo que es la obligación de padre.

—Así es, pero...

—Pero... ¿qué?

La dama se levantó de la mesa, se acercó á su marido, le pasó un brazo por el cuello y, acercando su rostro lindo, vivo, inteligente, al de su esposo, murmuró:

—Pero cuando el padre no sabe hacerlo...

—¡Mujer!

—No te incomodes... es lo corriente, por desgracia... No se ocupan los hombres más que de ganar... de ganar... Nosotras hemos de suplir... ¿Te incomodas? ¡No, hombre!... Si es natural. Después de todo, somos ciudadanas, amamos a la Patria, le damos nuestros hijos, ¿no habíamos de saber el modo de que éstos sean buenos patricios?... ¿No habíamos de entender de política?

Y como el marido hiciera un mohín de desagrado, exclamó ella con firmeza.

¡Ah, no; pues por eso no paso!

M. ALVAREZ CHAPE.

## LO DEL CATECISMO

### Los que protestan

Uno de estos días va a salir si no ha salido ya al publicarse estas líneas, el famoso decreto sobre la enseñanza del Catecismo. Para que se vea como allá van las leyes do quieren Gobiernos democráticos, véase el siguiente resumen de los que en España se han pronunciado contra la malhadada reforma, y son:

1.º El eminentísimo señor cardenal arzobispo de Toledo, y con él todos los venerables hermanos suyos en el episcopado, que son los guardianes a quienes Dios ha confiado la custodia de la doctrina y de las buenas costumbres.

2.º Todas las señoras españolas, de cuya abnegación y generosidad penden tantas obras de enseñanza, de caridad y valor social incalculable.

3.º Millares y millares de mujeres obreras, que han dado a la Patria la vida de sus hijos, porque junto con la doctrina cristiana han aprendido a practicar las más sublimes virtudes cívicas.

4.º Centenares de catedráticos y profesores, gloria de las Universidades españolas, que han levantado su voz autorizadísima para afirmar explícitamente la dignidad, elevación e importancia de la enseñanza religiosa en las escuelas primarias.

5.º Mas de 12.000 maestros que aseguran bajo la fe de su práctica experimentada, que la legislación escolar vigente no ofrece dificultades de aplicación, y que cualquier reforma en este sentido perturbaría la unidad educadora de la escuela.

6.º Infinidad de estudiantes que, siguiendo las nobles huellas de sus maestros, reclaman los fueros de la enseñanza religiosa en la instrucción primaria de los niños.

7.º La Junta Central de Acción Católica y múltiples e imponentes organismos que con ella se relacionan y que de ella dependen.

8.º La Asociación Nacional de Padres de Familia, que cuenta más de 700.000 adheridos.

9.º Los caballeros de las Ordenes militares, que representan el más leal y desinteresado apoyo de la dinastía y del trono.

10. Ilustres consejeros de Instrucción pública, que son la verdadera opinión autorizada de aquel Cuerpo Consultivo, porque no están sujetos a la influencia coercitiva de los gobernantes.

11. Las opiniones autorizadísimas de D. Andrés Manjón, el padre Ruiz Amado, D. Enrique Reig y otros beneméritos pedagogos y maestros, incapaces de moverse por fines políticos bastardos y punibles.

12. El voto esclarecido de la mas elevada intelectualidad femenina, representado por los de la condesa de Pardo Bazán, D.ª Blanca de los Ríos y otras damas ilustres por su saber.

13. Los informes técnicos de tres jurisperitos tan esclarecidos como Marín Lázaro, Fernández Prada y Díaz Cobeña.

14. El ejemplo formidable de las más poderosas naciones del mundo, que afirman explícitamente en sus leyes la enseñanza religiosa para las escuelas primarias.

15. Los artículos razonadísimos de la Prensa y multitud de opúsculos, discursos y disertaciones...

Pues todo esto, añade el colega aludido, se atropella y se ofende por atender reclamaciones innominadas e inconfesables de ateos, socialistas y antidinásticos, bárbaramente confundidos con ácratas, anarquistas y revolucionarios de toda laya.

Y todo esto se hace secuestrando el asunto, deliberada y arteramente, al conocimiento requerido, obligado e indispensable del Consejo de Estado y de los cuerpos colegisladores.

El Gobierno no quiere oír las voces de la razón y del sentimiento, y sigue prestando oídos a los bárbaros extraños reclamos de la perfidia y de las pasiones revolucionarias.

Más leales nosotros con el Gobierno, le pedimos aún que vea el modo de evitar que la Historia, implacable con el miedo y las debilidades de los gobernantes, pueda escribir esta tristísima efeméride:

«El conde de Romanones, con terquedad y violencia inusitadas, rompió la unidad religiosa de las escuelas primarias españolas, que eran el troquel donde se fundían los hombres de bien y los mejores patriotas.»

## BOCADILLOS

Costa, el cantor de la democracia, el republicano tan alabado por los de «El Pueblo», así lo declara:

«Las libertades han venido, tenemos todo lo que se pedía: Constitución liberal, juicio por jurados, sufragio universal, libertades individuales, y, sin embargo, la misera suerte del pueblo no ha cambiado si no es para empeorar; la libertad no ha penetrado en su hogar.»

Y tenía razón, muchísima razón. Asonadas, mitines, revoluciones, libertad, mucha libertad, pero pan... ni una llesca.

¿Esa es la libertad que el pueblo pedía? Pues ya la tiene.

Por si los lectores de Costa no llegaron a entenderle, concretó su idea de una manera más gráfica, diciendo:

«La libertad sin garbanzos no es libertad.»

Y es lo cierto que esa libertad es la única que le han dado al pueblo español: la libertad sin garbanzos.

Le dan muchos discursos, Mucha parola...

Y el puchero a la lumbre Con agua sola.

Es lo único que puede dar el liberalismo.

Libertad sin garbanzos.

Los garbanzos se los guardan para sí los Caps d' olla, los directores del cotarro liberal-democrático-revolucionario.

Así lo ha declarado también «El Radical», de Madrid, órgano de Lerroux:

«Cuando nosotros (es decir, cuando Lerroux) pedimos libertad de conciencia y separación de la Iglesia y del Estado, laboramos por la despena.»

¿Se puede hablar con mayor claridad?

Y el que no lo quiera que lo deje.

Y los hechos confirman lo dicho por «El Radical», de Madrid.

Lerroux pide para el pueblo libertad de conciencia, que ni llena el puchero, ni mata el hambre; pero mientras pide esa libertad para el pueblo, él va aprovisionando su despena, que es para lo que labora.

Y así, el que un día fué llamado Sincalzones, hoy tiene un criado para quitarle las botas al acostarse, y un automóvil, y compra palacios y es millonario.

Y como Lerroux hay otros propagandistas con cuyos nombres podríamos formar una larga lista.

Pero más larga sería la lista que podríamos formar con los nombres de aquellos infelices a quienes más hubiera aprovechado un plato de garbanzos a cambio de la libertad de conciencia.

Porque la libertad de conciencia la tenía ya todo ciudadano, sin que necesitase pagarla a un precio tan elevado.

Nunca se han impuesto multas al que dejaba de ir a Misa ni a confesar. ¿No ha existido siempre esa libertad, sin que nadie la predicara?

¿Pues cómo desde que se predica, el pan ha desaparecido de la mesa del pobre?

Es que los redentores del pueblo,

que no trabajan, le han robado ese pan y le han distraído con discursos.

Pero no todo el mérito ha de ser para Lerroux, que, por cierto, no ha inventado la moda de ofrecer libertades y quedarse con los garbanzos.

Antes de Lerroux existió un Mendizabal, que ofreció también libertades y se quedó con los bienes de la Iglesia y de los conventos.

También fué aquél un bon parroquia.

Que después de apoderarse de los bienes de los frailes y de la Iglesia, los vendió barata xulits y el pueblo se quedó sin los beneficios que tales bienes le reportaban y de los que vivían infinidad de familias pobres.

Las cuales se quedaron también sin pan, pero con mucha libertad.

Barata xulits vendió los bienes robados, y no faltaron xuladós que, aprovechando la ganga, acudieron a comprar los bienes, que hoy disfrutaban sus herederos, tranquilamente, piadosamente, santamente.

Los liberales de aquel tiempo eran liberales piadosos que xulant, xulant, hicieron su pacotilla; y el pueblo de hoy xula también, es verdad, pero xula para divertir el hambre, que no puede apagar con el sufragio universal, ni con la ley del jurado, ni con las demás libertades tan alabadas por los que a costa del pueblo viven.

La República francesa abolió la pena de muerte; pero muy pronto se arrepintió, reconociendo que la pena de muerte no podía abolirse, y la restableció.

En estos últimos días han sido guillotinado cuatro criminales que lo merecían.

Y los republicanos españoles siguen tronando contra la pena capital.

Una aclaración. Una vez dictada sentencia, se solicitó el indulto, y el Presidente de la República no lo concedió.

Comenten este dato los republicanos, y comparen con los ocurridos con Chato de Cuqueta, de Cullera, y los indultos de la última Semana Santa.

Marcelino Domingo les ha echado a los republicanos de Borjas Blancas un discurso, que luego ha publicado en extracto la Petroliera.

Como el discurso no fué más que una sarta de falsedades contra el programa y doctrina jaimista, no queremos quitarle la mano al órgano del jaimismo en esta ciudad, nuestro estimado compañero «La Tradición», que indudablemente *lí cantará la cartilla*.

